

CARA

Por IGNACIO AGUSTI

Y CRUZ

la elegancia en la mujer

El concepto de la elegancia, en el hombre o en la mujer, es relativamente reciente. Los clásicos exaltaban otros conceptos: la belleza, por ejemplo. En la gran escultura griega está implícita la aspiración a lo bello; la sociedad romana o el Renacimiento tendían a la monumentalización de lo bello. La elegancia es una invención reciente. Es muy posible que la elegancia empiece con Proust y con su tiempo. Quizá naciera de la necesidad de prolongar el tiempo perdido. Cuando ya las gracias juveniles han perichitado, sin que se extingan las gracias del espíritu humano, ha habido necesidad de prolongar con la elegancia lo que el candor de la piel y la turgencia de las formas armónicas no podían asegurar.

La sazón de la mujer, por ejemplo, no pasaba, en tiempos de Balzac, de los treinta años. Y aun esos treinta años de las mujeres de Balzac, fueron en su tiempo una licencia que el novelista se permitía, que fue considerada en su tiempo como extravagante. Durante muchos siglos, la vida social de la mujer y lo que ella tiene de esplendoroso se extinguían a los veinte, a los veintidós años. Debemos todos agradecer al insigne novelista esta apertura a la madurez. Desde los veinte hasta los cuarenta años, por lo menos, la condición de la mujer se mantiene fresca y con infinitas capacidades de seducción.

Pero la postura de la mujer, una vez concluida su fragancia primera, tiene que recurrir a estratagemas y recursos que los tiempos actuales han puesto a su disposición y que hacen de ella, más que una mujer bella, una mujer elegante. Cuando decimos que una mujer es elegante significamos, en cierto modo, que de ella ya han pasado los toques que la Naturaleza había puesto genialmente en su anatomía, y que se halla en un cierto declive de la belleza natural. Este decaimiento coincide en general con el tiempo en que, por haber superado ya las incomodidades de la psicología juvenil, la dama puede en cambio ofrecernos una serie de compensaciones espirituales y un acentuado frescor y viveza del alma.

La elegancia es, por ello, cosa difícil. No se puede hablar simplemente de elegancia ante un modelo bien diseñado, ni será elegante simplemente la mujer que se haya equipado en un buen modista. La elegancia es en la mujer una mezcla sutil de propiedades, en cada uno de los elementos que forman su andadura: el vestir y los demás atributos externos con que se adorna y encubre; y una cierta galanura, un "ello" especial en su modo de andar y de ponerse, en lo que dice y en lo que hace; todo ello unido a una prestancia y a una belleza física, que puede empezar a declinar, pero a la que el tiempo no haya apagado.

Todo ello hace muy difícil la elección, entre muchas, de una mujer más elegante que las demás. A veces, por la calle, hemos descubierto en una esquina, a la salida de un salón de té, o apeándose de un vehículo público, a una mujer que nos ha llamado la atención por su elegancia. Muchas veces esta impresión no ha durado más que el espacio de un relámpago. Ha sido un destello fugaz, por el cual aquella mujer que ha sido elegante un solo instante, nos ha devuelto luego una estampa vulgar, incapaz de retener nuestra atención. No era preciso que esa mujer nos asombrara por su atuendo, por su bolso, por sus joyas; pudiera ella muy bien ser una muchacha vestida sin relumbrón, modestamente. La elegancia que nos asombraba estuvo en un modo determinado de mirar, en un gesto

intuitivo e impreciso, en una graciosa e inesperada andadura. Era un instante fugaz que, al pasar y desleírse, dejó a aquel ser otra vez en su inanimidad natural y sin destellos. Hay mujeres, en cambio, que aciertan por un don natural a poseer ese roce contagioso y genial durante toda su vida; y esas son las mujeres elegantes.

Los avances de la modistería y de la cosmética hacen cada día más fácil escalar los primeros peldaños de esa "elegancia-base" a la que la mayoría de las mujeres aspiran. El mundo está hoy lleno de esos transformadores de la mujer, nuevos Pigmiones que, como en la comedia de Shaw, de la fonética al trato y al vestido elucubran deidades en la persona de vulgares hortelanas. El cine y la publicidad han creado una auténtica escuela de promoción social para las muchachas en flor. Las maniquies que vemos sobre la pasarela de los hoteles, son un producto refinado de la ascensión de la mujer a rangos de elegancia, por métodos y reglamentos muy precisos. La mayoría de los varones que contemplan el tránsito sucesivo de un desfile de modelos envidiarían, en los andares de las profesionales, una compañía que no está, muchas veces, tan en sazón en la calidad de sus propias esposas. Pero eso no es la elegancia aún, sino un esquema de ella al que podríamos llamar doctrinal. La elegancia verdadera tendría que descartar toda técnica de la elegancia y mostrarse como algo espontáneo y sin previo bachillerato. En quien posea estas dotes de modo natural estará virtualmente encarnada la elegancia.

Hace muy poco yo fui citado a formar parte de un ilustre Jurado que tenía que determinar cuál era la mujer más elegante del mundo vestida en piel. Por fortuna había en el conclave muy entendidas damas que hacían de esta discriminación, durante largo tiempo, una de las dedicaciones de su existencia. En la encuesta previa al debate yo tuve que callar. Por mi mente pasaban infinidad de figuras de mujer, unas más elegantes que otras. Recordaba yo, por ejemplo, un ejemplar de belleza alemana, morena ella, que hacía muchos años había visto arreglado un escaparate, justamente de modas, en un tienda de Hamburgo. Recordaba la impresión que me produjo, cuando vino por primera vez a España, la actriz Michèle Morgan, de unos claros ojos, con una sonrisa inesfable a lo Gioconda. Tal vez la Soraya emperatriz o, por qué no, la marquesa de Villeparisis, aquella anciana matrona que le contestó a Proust, en cuanto éste le preguntó que qué pensaba del amor: "Je le fais quelque fois, mais je n'en parle jamais". Paseaba por mi cabeza mi propia Jeannine de Descaves, que en uno de mis libros se quita el renard ante los comensales del Suizo de Barcelona, hacia el año 1916, como si se quitara un suspiro. Unas literarias, otras reales, un séquito de mujeres elegantes deambulaban por mi imaginación. Mas de pronto empezaron a sonar unos nombres concretos, unos seres de carne y hueso que llenan fichas de hoteles, que tienen peso en la vida social, de los cuales habla la gente. Entre ellas estaban, sin duda, las mujeres más elegantes del mundo vestidas en piel, excluidas, naturalmente, las que, en las zonas gélidas del globo, visten en piel por necesidad imperiosa.

Yo pensé entonces en todas las que, en aquella ocasión, quedaban automáticamente fuera de concurso por razones diversas. Especialmente en una de que me hablara en otro tiempo mi amigo, hoy difunto, Manolo Bosch, a la que conocí cuando era gobernador general de las Nuevas Hébridas. Era una belleza polinésica de ojos rasgados, que se arrodillaba para servirle el té haciéndole una inclinación sumisa. Esta era una dama elegante digna de Gauguin y que no vestía en todo su torso más que la fina e iridiscente lámina de su propia piel nacarada. Pero ¿iba yo a votar de ese modo?